

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 25 de Mayo de 1932

Núm. 474

EPISODIO

CAPÍTULO MXXCXXIII

De cómo Don Quijote, su escudero, por arte de encantamiento, vinieron a parar a una insula llamada Menorca, y curioso razonamiento que, acerca del plagio hizo el hidalgo.

«Como quien encuentra un cuadro de Velázquez o Jordán, le pringa con sebo y dice: VO LO HE PINTADO! AHÍ ESTA!»
(Moratín).

Fué tal el batacazo, que Don Quijote y Rocinante, Sancho y el rucio, dieron con sus huesos en el durísimo suelo. Asentóse maltrecho el desdichado andante caballero diciendo con voz que jumbrosa:

—Sancho, Sancho amigo, que sucede?

Incorporándose a medias, respondió el zafio:

—Ay, mi señor! Tan cierto como soy hombre mortal, que no viéname a mientes acertar lo acaecido.

—Ah, malsines, ah pérfidos — exclamó Don Quijote. — Huéleme amigo Sancho, que obra es de encantamiento; obra del maladrín encantador Merlín o del follón y alevé gigante Caraculimburo, quien desta suerte toma venganza de haber sido vencido por mí en bélico y franco encuentro, y apártame así de la sin par hermosa y nunca bastante alabada Dulcinea.

—Pero, señor — dijo Sancho — donde estamos? ¿A que parte del mundo nos han traído el malquerer y venganza de esos caballeros que mentado habéis?

—Aguarda, Sancho, que no tan aína se to no Zamora. Levántate amigo, que es harto menguada e innoble tu posición para escudero de un tan famoso caballero como yo; levántate, que hánlo hecho ya Rocinante y tu rucio. Anda, desahóga de sus arreos y suéltalos y refocílese con la fresca y verde yerba que tapiza este ameno pralo.

Hízolo así el dolorido escudero; quitó los arreos a Rocinante, desenjaló al rucio, quienes al verse sueltos, diéronse priesa en morder el para ellos tan apetitoso manjar y que tan a diente ofrecíase naturaleza.

Volvió Sancho cabe su amo y dijo: —Vuelvo señor a pregunteros, en que parte del mundo nos encontramos por nuestra malhadada fortuna.

—Aguarda, Sancho — dijo Don Quijote, levantándose un poco la visera de la maltrecha celada por donde asomó su cariacontecido y apergaminado rostro — deja que mire, vea y saque con secuencia; pero, ayúdame, en prima, a levantarme que no es esta posición digna de un caballero de mi nombre y fama. Aguarda, que nada prudente es contestar a pregunta alguna sin haber antes pesado y aquilatado lo que debe responderse, pues no es de cuerdos hacerlo a tontas y a locas; así, levántate y aguarda.

Cogióle Sancho por los sobacos y con gran diligencia y cuidado levantóle. Llevóse Don Quijote ambas manos al

sitio posterior del cuerpo donde carne hay que sirve de blando y natural asiento, a quien el vulgo llama posaderas y exclamó con compungido acento:

—¡Mal haya el encantador fementido que desta suerte me ha puesto! Y, ahora, Sanchico hermano, diréte si puedo y sé lo que me demandas.

Levantóse del todo la visera que, por ser la celada de cartón, estaba casi rota y abarcando con la mirada la extensión de terreno que desde allí descubriese, dijo:

—Páreceme Sancho, que hemos caído en un país lindante al mar.

—Aquello es la mar, señor? — dijo Sancho. — Pues créfame a fé, que el agua que allí se ve, era la alberca del Toboso.

—No, amigo; si no me engaño, aquella sábana de agua es lo que hoy conocemos por Mediterráneo, a causa de estar asentado entre tierras y distinguirlo de los océanos; mar que fué llamado por los antiguos «Mare procellosus», y, cátae amigo Sancho, que si no yerro y a juzgar por aquel monte que allá enhiesto y solitario elevase, y por aquellos arbustos que en lontananza véense, y que no son otra cosa que acebuches achaparrados, cuyas copas inclínanse hacia el suelo azotados por el septentrión, hemos caído en una de las insulas a quien los antiguos griegos llamaron Gymnesias; en la segunda dellas, nombrada Minórica por los romanos y Menorca en romance.

—Ah, pobre mujer mala! — exclamó Sancho — sin marido quedaste para en jamás.

—No temas, Sancho — dijo Don Quijote — que, en mediando mi hermosísima Dulcinea, reina y señora de mis pensamientos, desharáse el encantamiento y volveremos por esos mundos, en busca de nuevas aventuras, como buen caballero andante yo, paladín de la más preclara caballería, espejo y flor de caballeros, que de eclipsar ha las tan famosas y renombradas hazañas de Amadís de Gaula, Roldán y Florismarte de Hircania y como acabado modelo tú de los buenos escuderos a quien la fama y a quien historie nuestras aventuras llenarán de alabanzas por haber servido a un tan cumplido caballero.

En estas razones estaban señor y escudero, cuando por el recodo de un senderillo que allí renecía, aparecieron discutiendo dos personajes; el uno, vestido de trusa y capotillo completamente negros, de grave y sosegado continente, parecía por su aspecto ser persona de calidad y docto; el otro mucho más joven, ataviado con traje color bermejo acuchillado en blanco, sonrosada la color y un si es o no es melenudo, tenía el de poeta.

Traza de grave había la polémica, pues gesticulaba el joven y hacía tales ademanes, que resultaban grotescos a fuerza de exagerados.

—O, digo, señor poeta, que no hais razón, — decía el grave.

—Cómo no! — respondía el apelado. —

Pues mi obra no vale tanto como la del autor premiado?

—No por mi fé, que, cuando personas tan doctas y dotadas de tan buen criterio así lo han proclamado, razón poderosa tendrán para ello.

—Porque? Criterio ha sido el suyo, que yo no sustento, que mi obra es un mal y continuo plagio....

—Ah, conque plagiarlo tenemos? — dijo en esto Don Quijote a Sancho.

—Que? Plaga habéis dicho señor?...

—¡Dices bien, amigo Sancho! El mayor discernimiento has tenido y enjamás dijo tu boca una tan gran verdad. Plaga, mayúscula plaga es lo que se llama plagio. Plaga tan grande que no llegan a igualarla aunque se juntasen todas, las que sufrió Egipto en lo antiguo. Ah, pues no es una plaga el que un cualquiera se apropie de lo que con su talento o imaginación otro concibió? No es plaga que un cualquiera se adueñe la paternidad de lo engendrado por otro?.... Dígote en verdad, amigo Sancho, que a todos esos escritorzuelos y poetastros que por el mundo andan sueltos, tendrían que encapucharles y pasearles por las calles y plazas con sambenito, para mostrar al resto de los mortales, toda la perfidia y dolo que en sí llevan aquellos. Y, dígote también, que no toda de ellos es la culpa, sino que parte toca a quien juzgando sus obras con benignidad y perdonable ligereza, las premia y las inciensa, sin ver que no son más que pálidos trasuntos de lo que otros escribieron o sacaron a luz.

Bien haya que en las obras, se hagan citas de otros autores, ora para reforzar la tesis, ora para hacer más patente su argumento o tan solo para ilustrar al lector; pero nunca, nunca apropiarse párrafos enteros y darlos como si fueran por uno mismo concebidos y paridos.

Condición precisa es, para que una obra se considere buena, la ORIGINALIDAD, y no doy a este vocablo el sentido de cosa nueva o no corriente, sino el de que toda ella sea nacida del saber, de la inteligencia o de la fantasía del autor, sin plagios que la afeen ni tomar de aquí o de allí o acullá, lo que fué concebido y dicho antes por otros autores.

No, no es original quien en todas sus cosas tiene afán por singularizarse, sino aquel que espontáneo y natural, pone en cuanto dice o escribe el sello de su persona, y aunque no merezca en sí tal dictado el pensamiento o la idea, ya que «nihil novum sub sole», esté remozado y exornado con galas de su propia inspiración.

ORIGINAL, ORIGINAL, es la primera condición que debe imponerse a todas las obras que acudan a las lides literarias; solo así se consigue formar florido vergel de buenos escritores que, si hoy no ven premiados sus esfuerzos, lo serán, cuando su obra sea conocida como buena y sobre todo ORIGINAL; entonces lo serán con creces.

En esto y platicando de igual forma fueronse alejando los dos personajes y dijo Don Quijote a su escudero:

—Anda, Sancho, arrima para acá a Rocinante y enjalma al rucio, ayúdame

a cabalgar y entremos por esta tierra por si la ventura nos depara un buen genio que deshaga el encantamiento y volvamos a ver yo a mi Dulcinea, tú a tu mujer.

Y, así lo hicieron, sin que la historia nos diga si consiguieron su deseo, aunque es de presumir que sí, pues diz Cide Hamete Benengeli, que murió tan famoso caballero manchego en su lecho y casa solariega, rodeado de deudos y amigos, del cura y del barbero y con tan claro y despejado entendimiento, que parecía que nunca hubiera dado en la locura a que le llevó la lectura de libros de caballería.

ANTONIO GUTIÉRREZ MÉNDEZ

Las serpientes metidas en vasijas resolvieron una batalla naval en favor de la flota de Anibal.

Allá en los tiempos de Anibal y Eumenes Pérgamo, las batallas navales se decidían más que por la destreza y superioridad de uno de los combatientes, por las argucias y tretas de que se valieran para poner en fuga al enemigo.

Bien es verdad que las gentes de aquellos tiempos eran demasiado inocentes e infantiles y cualquier truco bastaba para atemorizar al enemigo y ponerlo en huida.

La batalla naval que se libraba entre la flota de Anibal y Pérgamo adjudicaba a éste una superioridad numérica aplastante. Anibal era hombre que no consentía una derrota.

Enfrentado con su enemigo, cercanos los navíos de uno y otro bando, próximos al abordaje, Anibal llevaba las de perder. Pero le vino a la imaginación una peregrina ocurrencia. A bordo existían centenares de culebras que servían de distracción favorita a sus huéspedes.

—Muchachos, esas culebras, meterlas en vasijas y cubrirlas con lo que a mano tengáis. El enemigo es poderoso. La batalla demuestra que nuestras fuerzas son inferiores y perderemos. Antes que eso suceda, acercaros otra vez a las naves enemigas y lanzar en ellas y en la de Pérgamo las vasijas con las culebras.

Así lo hicieron. Pérgamo pensó que las vasijas llevaban venenos, pero al comenzar a destaparlas y salir de ellas los reptiles, la flota inició su desbandada y la batalla se resolvió en el sentido que Anibal esperaba.

El martillo, la más universal de las herramientas

El primer utensilio de que se valió el hombre fué el martillo.

Como todos los demás habitantes de los bosques primitivos, el hombre no contaba más que con sus uñas y sus dientes, cuando una inspiración misteriosa, sacándole de las fronteras de la bestialidad, le movió a partir un pedrusco para obtener un arma con que luchar contra el oso de las cavernas; o a quebrantar un hueso para extraer el tuétano que ambicionaba devorar. El mismo destello de inteligencia le movió a emplear con este fin un pedazo de pedernal; éste fué el primer martillo. Su primer golpe enseñó al hombre los efectos de la percusión; las chispas que brotaron al choque le hicieron dueño del fuego.

Desde entonces, la humanidad se dedicó a perfeccionar el martillo. Primero le puso un mango, después substituyó la piedra por un trozo de asta de ciervo o de reno, y por último lo hizo de bronce y de hierro. Convirtiéndolo en maza, fué el hombre guerrero y cazador; afilándolo por un borde, obtuvo el hacha, y se hizo leñador y constructor; aguzando los dos extremos, formó un pico, y pudo labrar la tierra.

Es curioso que en todas las antiguas leyendas de todos los pueblos aparecen asociadas las

Ideas del fuego y del martillo. Los obreros que se sirven de martillos, dueños del fuego y de los metales, han representado a los ojos de la humanidad las dos mayores riquezas de la tierra. El personaje simbólico es unas veces el Tabaín bíblico, el primer herrero; otras el Tuachtri védico, dios de los artesanos, o el Hefaiistos griego, que establece su herrería en el Etna, y allí trabaja rodeado de los negros Cabiros, sus hijos, genios del fuego subterráneo, constructores de la maza de Hércules y de las flechas de Eros.

El martillo ennoblecía a los que lo emplean. Los herreros, reyes del martillo, titúlense en Alemania «maestros de los maestros». Siendo la más sencilla de las herramientas, es la más universal. Gracias al martillo, viven los herreros, los cerrajeros, los zapateros, los escultores, los canteros, los batidores de oro, los tapiceros y una legión más de trabajadores.

En esencia, todo martillo es una masa pesada móvil que golpea sobre una masa resistente. Por medio de un mango, la masa móvil describe en su movimiento un arco de círculo o un círculo entero. Cuanto más largo es el mango, tanto mayor es la velocidad del martillo, y, por lo tanto, su fuerza. De aquí que los martillos de los herreros, de los canteros y de los partidores de grava, que tienen que vencer grandes resistencias, estén provistos de un mango muy largo; en tanto que el martillo del escultor, del zapatero, del fabricante de limas y de cuantos lo emplean para trabajos delicados, tiene el mango corto.

Pocas personas tienen idea exacta de lo que representa la fuerza de un martillo. Para que se aprecie algo aproximadamente, bastará decir que para detener súbitamente el movimiento de un martillo de cien gramos de peso que cae desde treinta centímetros de altura y deja sobre una plancha de metal una huella de un milímetro, se necesitaría hacer un esfuerzo igual al que se necesita para mover un peso de treinta kilos.

Todo martillo tiene un «ojo» o agujero donde se fija el mango, una «boca» parte plana, y una «peña» o borde opuesto a la boca. La forma de cada una de estas partes varía considerablemente, según el oficio a que el martillo se destina. El de los herreros, por ejemplo, tiene la peña transversal, mientras que el de los mecánicos la tiene vertical.

Hay también diversas maneras de manejar el martillo.

Por regla general, se le levanta con una mano y se le deja caer en seguida, haciéndole describir un arco de círculo; pero en ciertas industrias hay que agarrarlo con ambas manos, y se le hace trazar un círculo completo, con ambos brazos.

Así como el martillo del herrero representa la fuerza, el de los vidrieros puede considerarse como imagen de la delicadeza. Es una herramienta elegante y coquetona, con el mango pintado y barnizado y la peña en forma cónica. El mismo modelo, tres o cuatro veces mayor, es utensilio indispensable del tapicero.

—¡Cosa singular! los obreros del pensamiento necesitan a veces del martillo tanto como los obreros manuales. El trabajo de los naturalistas, por ejemplo, sería imposible sin martillos. ¡Y qué variedad de martillos!

Ante todo, tenemos al mineralogista, que para romper las rocas emplea un martillito puntagudo de excelente acero, o bien un mazo de doble boca plana, un tanto semejante al martillo del escultor, pero más ligero y con un mango más flexible.

Después viene el martillo del geólogo, del buscador de fósiles, que por su forma tiene tanto de azadilla como de martillo.

El mazo de los entomólogos es tal vez la modificación más curiosa de esta herramienta. Muchos insectos viven entre el follaje de los árboles, donde no es fácil alcanzarlos. Para procurárselos, el naturalista tiene que golpear el tronco, a fin de que el choque, repercutiendo en las ramas, haga caer a los insectos, bien en un paraguas abierto debajo, bien sobre un pedazo de tela extendido en el suelo. El mazo que con este fin se emplea es de madera, guarnecido de plomo y cuero.

En muchas industrias se hace también uso de mazos de madera, como los que emplean los toneleros. Modificaciones curiosas del martillo de madera es el pisón de los empedradores. Este último ofrece formas diferentes, según los países; igual de la raza humana, ha variado bajo la influencia de los distintos climas.

Gratitud para con nuestros padres y superiores

A los padres les tenemos que obedecer y quererlos y les debemos mucha gratitud, pues a ellos les debemos la existencia; ellos nos enseñan el camino del Cielo, nos educan, nos visten y nos alimentan; ellos son los representantes de Dios en la tierra.

¿Qué sería de nosotros si no fuésemos por nuestros padres?

¿Quién nos enseñaría el verdadero camino?

¿Quién se jugaría su vida por nosotros? Por eso tenemos que obedecerlos, amarlos, respetarlos y tenerles mucha gratitud; el hijo que desobedece a sus padres y los maltrata, falta a Dios y es indigno de vivir con la sociedad humana; es peor que los animales.

También debemos gratitud a nuestros superiores, pues ellos como que han estudiado y tienen experiencia, siempre nos ofrecen buenos consejos.

MÁXIMAS

El que no pone freno a sus deseos, vivirá una vida llena de contradicciones.

No te avergüences de ser pobre; avergüenzate de no ser virtuoso.

En el servicio de Dios no hay oficio humilde.

Pon tu confianza en Dios y tendrás ánimo para grandes empresas.

El soberbio es un ciego que nunca llega a buen término.

T. B. O.
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.
Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
Precio: 0'10 pesetas.
Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

PENSAMIENTOS

—La mentira mancha los labios y las conciencias.

—Respetad siempre las opiniones ajenas aunque no las compartáis; nunca el criterio propio debe imponerse por la fuerza y la violencia.

—El estudio es el alcázar del genio.

—El orgullo y el amor propio son los mayores enemigos de la felicidad.

SALDO DE CHISTES MALOS

Dos guasones de oficio se presentan gravemente en la sacristía de una iglesia y preguntan por el párroco. Este cabalmente se encuentra allí y les concede audiencia.

—Desearíamos—dice el más atrevido—aplicar una misa en sufragio del alma del poeta Homero.

—Buena idea—contesta el cura sin pestañear.—¿Y cuándo podrá usted decirlo?—pregunta uno de los jóvenes algo asombrado.

—En cuanto me traigan ustedes el acta de defunción legalizada—les responde el cura, acompañándoles cortésmente hasta la puerta.

—Tú, no he encontrado ninguna lima.

—Pues mira, vete al Perú y encontrarás Lima.

—¿Cuál es el colmo de un dibujante?

—Hacer una recta con la «regla de tres».

—¿Cuál es el colmo de una modista desconfiada?

—Poner guardaguajus para que no se las lleven las oficialas.

—¿Cuál es el colmo de un automovilista?

—Parar en seco en un día de lluvia.

—¿Cuál es el colmo de un zapatero?

—Echar medio kilo de salchichón en unas tapas.

—¿En qué se parece una cacharrería a México?

—En que la cacharrería tiene cacharros y México tiene «ca-charro».

—Entre soldados.—Chiquito, ¿de quién es esa carta que t'ha puesto tan triste?

—De mi novia Cellpa.

—¿Y qué t'hice?

—Que se ha muerto.

—¿En qué se parece el Papa y una azotina?

—En que hace «cardenales».

—¿Cuál es el colmo de un ciego?

—Casarse con una ciega que se llame Luz y vivir en Buena-vista.

—¿Cuál es el colmo de un acróbata?

—Mantenerse en equilibrio sobre el hilo de la conversación.

—¿Tú qué oficio tienes?

—Yo, herrero. ¿Y tú?

—Yo, no.

—¿En qué se parece un doctor a un contable?

—En que los dos hacen operaciones.

—¿Cuál es el colmo de un hojalatero?

—Tener un hijo soldado.

El zapatero remendón

FÁBULA

En Barcino un remendón se anunció de zapatero,

diciendo que era el primero usando lezna y punzón.

Otro remendón, celoso de una fama que no iguala,

junto al colega se instala e incansable, presuroso,

proclama a son de trompetas «No existe otro en calidad

en esta noble ciudad, lo demás son cuchufletas».

Y llega luego un tercero que, sabiendo el tal anuncio,

se dijo entre sí:—¡Abrenuncio yo soy mejor zapatero!

Y dándose buena maña,

instaló su tienda enfrente, diciendo muy diligente

que él era el mejor de España.

Más no quedó aquí el asunto

pues vino un cuarto saqaz,

que, ladino y perspicaz,

llevó la cosa a tal punto,

que puso en su aparador un cartel, a su manera,

diciendo:—En Europa entera no hay zapatero mejor.

Al fin, un quinto más listo,

igual que ellos remendón,

también puso cartelón,

más sin darse tanto pisto,

y con sandunguero chiste,

así escribió en su letrero: «Soy el mejor zapatero

que en toda esta calle existe».

Y con esta diligencia,

quedaron sus compañeros

quien sin blanca o quien en cueros por culpa de su insolencia.

Dígote, lector, con esto,

y este fin lleva mi cuento,

que siempre ha sido el talento patrimonio del modesto.

GONZALO FORMIGUERA

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(34)

IX

La llegada del Príncipe

PARA qué hora quiere el coche el señor conde?

Fernando, acodado en la balaustrada barroca en absorta contemplación de un día espléndido, volvióse lentamente al contestar a la pregunta del criado con otra pregunta.

—¿A qué hora llega a Fenollar el expreso?

—A las cinco de la tarde.

—Que enganchen para bajar a la estación.

Llegaba el Príncipe Romanieff...

Róspide había salido a Madrid a esperarle, y venían juntos.

Era para Fernando un gran día, aquel día evocador, tradicional de No-

chebuena, en que iba a verse rodeado de sus más caros afectos.

Según inmemorial tradición, celebrábase por la noche la misa del Gallo en la antigua capilla de Fenollar y, al arrodillarse ante el Niño divino, lo haría el pobre enfermo entre todos aquellos que amaba, como un nuevo pródigo festejado al volver a la casa de sus padres.

En el castillo, entregábanse los criados a una minuciosa limpieza... Plantas y tapices adornaban los corredores y las galerías encristaladas, el vestíbulo, la regia escalera... y Pilar, ayudada de Gloria, había dirigido el arreglo de las habitaciones destinadas al huésped.

Fernando miraba, silencioso y halagado, el ir y venir de Gloria, ligera como un hada, y se preguntaba asombrado de donde había sacado aquel sentimiento estético tan limpio, tan depurado, aquel instinto artístico tan seguro—que él creía patrimonio exclusivo y único de las razas aristocráticas—aquella burguesita educada por una anciana venerable. Tenía el mágico secreto del buen gusto.

Con unos toques, al parecer insignificantes, dados sin pretensión alguna, cambiaba totalmente el aspecto de las cosas. Sabía, con un manejo de ramas de arbusto y unas cuantas flores de matices suaves, arreglar llenos de un arte indiscutible los ventrudos jarrones de porcelana del Japón que adornaban el gabinete destinado al Príncipe. Deslizábase suavemente por la alfombra para arrancar un busto de su trípode y transportarlo con acierto a otro sitio donde la luz, mejor proyectada, hiciera resaltar las bellezas y disimular los defectos...

Cuando el arreglo terminó, el Conde manifestó a su madre que estaba muy satisfecho.

—Has estado muy acertada, mamá, pero creo no te molestarás si te digo que la verdadera artista de hoy ha sido Gloria.

Esta se inclinó con una gravedad tan cómica que hizo estallar a la madre y al hijo en una alegre carcajada. Gloria se sintió admiradísima al oírle reír (era la vez primera), pero se guardó bien de exteriorizar su extrañeza. Era un ser tan raro... El asombro de Fernando y su agra-

decimiento ¿por qué no decirlo?, subieron de punto cuando al entrar seguidamente en la Cámara del Rey vió, sobre una mesita, donde acostumbraba sentarse a escribir, un hermoso jarro de plata lleno de unas rosas fragantes de color pálido, tan artísticamente combinadas con sus propias hojas verdes que, más que reales, parecían pintadas a la acuarela sobre el fondo oscuro de un tapiz.

Gloria, había pasado por allí... Su mano encantadora, mano de maga, había dejado la prueba encima de la mesita y aquellas rosas le demostraban que no era todo para él que llegaba, que alguien se acordaba aún del pobre enfermo, puesto que le dedicaba las flores más hermosas. No; en toda la casa no había otras como aquellas. Ni siquiera en la capilla, a los pies del Niño.

Gloria le había reservado lo mejor...

Sintió deseos de ir a darla las gracias y, antes de hacerlo, quiso poner en su ojal un botón de color crema. Para ello, se acercó al mueble y ya extendía su mano cuando retrocedió espantado, para volverse a acercar de nuevo con las facciones contraídas...

Encima de la mesita, como cosa olvidada en un momento de precipitación al acudir a un llamamiento perentorio, estaba el retrato de una mujer en traje de baile, audazmente escotada, con la sonrisa provocativa en los sensuales labios y un gesto de liviana frivolidad en el semblante, con una lánguida mirada incitadora en los ojos entornados, ojos felinos, ojos traidores; con el ropaje ligero enroscado en torno de su cuerpo delineando curvas atrevidas y contornos tentadores...

Y al pie, con una letra rara, picuda, grande, elegantísima... la dedicatoria imprudente que, con su descarada elocuencia, todo lo decía.

Fernando sintió que su rostro se encendía y que después palidecía al solo pensamiento de que Gloria, la pura Gloria, podía haber tenido en la mano aquel retrato y que su mirada casta, de una virginal limpidez, se había detenido en él unos instantes.

¿Habrá comprendido la joven todo lo que querían decir la dedicatoria y el ademán audaz del modelo? Porque Gloria sabía el francés...

¿Acaso su inocencia misma, su buena fe, su falta absoluta de mundo, su